

Añoranzas, alegrías y tristezas

Mayra Ruiz Barrera

Para ti, abuelo Julián, este modesto y pequeño homenaje. Sé que ocuparé un lugar muy privilegiado en tu corazón. Sentí por ti tan profundo cariño, que solo desaparecerá con mi persona. ¡Dios te bendiga, abuelo!

PRESENTACIÓN

Mi nombre es Mayra Ruiz Barrera, nací el 30 de noviembre de 1953 en esta capital habanera. Se me otorgó la ciudadanía española el 1 de enero de 2011, en virtud de la Ley nº 52 de 2007, Ley de la Memoria Histórica, por ser nieta de ciudadanos españoles de origen, de lo cual me siento muy orgullosa. Me decidí a participar en el “IV Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa”, que ha publicitado la Sociedad Benéfica Burgalesa a la cual pertenezco, agradeciendo la oportunidad que se me ha brindado de organizar un poco y darle alguna coherencia a retazos de recuerdos que, en todos estos años, en distintos momentos me han venido a la memoria, produciéndome



Mis abuelos el día de su boda.



Mi abuela cocinando.

a veces la inmensa alegría de haber vivido una infancia tan feliz, al lado de dos queridos y nunca olvidados abuelos paternos españoles, y otras veces la inevitable nostalgia por su desaparición física. Es una lástima que, por falta de habilidad o de memoria, no pueda contar muchas cosas de aquella época, porque la vida cotidiana es mucho más rica en acontecimientos que los recuerdos. Algunas de las cosas que aquí escribo fueron vividas personalmente, otras contadas por mis propios abuelos o por anécdotas de mi familia, además de consideraciones propias, que lógicamente uno hace después de ser un poco mayor.

En la casa en que nació, además de mis abuelos y sus hijos, vivían tres españoles coterráneos de mi abuelo Julián, excelentes personas que, a falta de hijos propios concentraron en mí, como único niño de la casa, verdadero amor, al punto de disputarse mi preferencia. Esto puede parecer pretencioso y hasta un poco idílico, pero es la pura verdad. Mucho me satisface narrar algunos recuerdos muy sencillos, vistos desde la perspectiva infantil, sobre la figura de un abuelo sin igual y que aún, a mis años, el paso del tiempo no ha podido borrar.

ABUELO JULIÁN, SU ORIGEN

Partearroyo, es una entidad local menor, formada por dos barrios y un despoblado situados en la provincia de Burgos, comunidad autónoma de Castilla y León (España), comarca de Merindades, partido judicial de Villarcayo, ayuntamiento de Valle de Mena.

Mi abuelo paterno, Julián Ruiz Ortiz, nació en Partearroyo; hijo de Fermín Ruiz Largacha, natural del mismo lugar, y de Adriana Ortiz, natural de Ornez del Valle de Mena. Según documentos que poseo, nació en la casa de sus padres, a las cuatro de la madrugada del día 15 de noviembre de 1890 y el día 17 del mismo mes lo inscribieron ante el juez municipal del Valle de Mena.

Describía a su padre como un hombre muy bueno y a la vez recto y disciplinado en sus costumbres, que se dedicaba a las labores del campo como labrador y también a la cría de animales para poder sostener a su familia, ya que la situación económica era muy desfavorable en esos años finales del siglo XIX y principios del XX. Lo admiraba mucho por su dedicación como padre y esposo. Decía también que su madre, además de dedicarse a las labores de la casa y a la crianza de sus hijos, muchas veces ayudaba a su esposo en las labores del campo. La recordaba como una excelente madre y esposa. Ella murió cuando mi abuelo tenía trece años.

Conozco que alcanzó un nivel escolar elemental en su pueblo natal, alternando la escuela con el trabajo de la tierra para ayudar a sus padres, como pasaba en otras familias burgalesas de aquella época. Considero que esto, unido



Diversas vistas de Partearroyo.

a su innata inteligencia, su espíritu de trabajo y su determinación de lograr lo que se proponía, le valió de mucho en su vida futura. De sus hermanos solo conocí por el nombre a dos: Manuel y Luis, emigrantes también y fundadores de familias que aún residen en Güira de Melena, pueblo eminentemente

agrícola del territorio habanero. De su hermano Luis solo conozco que tuvo dos hijos: Julián y Orlando. De Manuel contaremos algunas cosas más adelante, de acuerdo a las informaciones muy precisas que me proporcionaron sus nietas.

LA EMIGRACIÓN

Mi abuelo formó parte de lo que se denominó como “los emigrantes de la miseria”. Como a tantos otros, motivó a mi abuelo para emigrar la búsqueda de mejoras económicas, satisfacer sus aspiraciones imposibles de realizar en su terruño natal, estimulado por las noticias que llegaban sobre el auge de la economía cubana y en particular del comercio, para lo cual tenía especial vocación. Agréguesele a esto, el hecho de haber perdido a su madre a los trece años de edad.

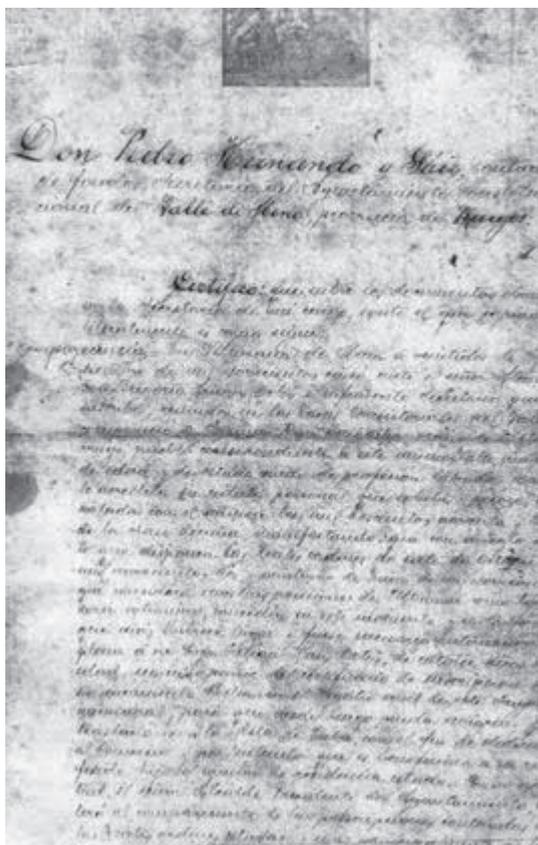
Antes de cumplir los quince años, su padre lo ayudó en la tramitación legal para emigrar hacia Cuba. Existían las Reales Órdenes del 21 de enero de 1900 y del 7 de octubre de 1902, que amparaban estos trámites, además de entenderse beneficioso el cambio para él. Conservo algunos documentos manuscritos originales que se le entregaron en ese momento, tales como certificado para emigrar con fines de comercio, de conducta, de salud y de vacunación e inscripción de nacimiento. Emigra junto a mi abuelo, su hermano mayor Manuel. Ambos parten desde el puerto de Bilbao hacia Cuba en el vapor “Alfonso XII” a principios de 1906. El objetivo de Manuel era dedicarse a la



Damiana Largacha, madre de mi abuela, natural de Ungo (Santander).



Emilio González Largacha, hermano de mi abuela, natural de Santurce (Vizcaya).



Certificado de nacimiento de Julián Ruiz Ortiz.

llegar a Cuba, su ahorro centavo a centavo, el fuerte trabajo para sus 15 años de edad, su seriedad y habilidad para el comercio, hicieron posible que, en pocos años, pasara a ser el dueño de ese establecimiento, hasta el final de sus días.

Certificado de nacimiento de Julián Ruiz Ortiz.

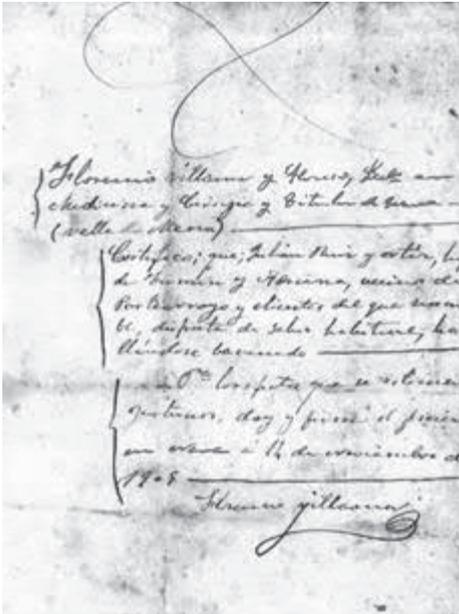
SU MEDIA NARANJA

Santurce es un municipio de la provincia de Vizcaya, perteneciente a la comarca del Gran Bilbao. Históricamente, en cambio, formó parte hasta comienzos del siglo XIX de Los Tres Concejos del Valle de Somorrostro en Las Encartaciones. Se encuentra situado en la costa del mar Cantábrico, en la margen izquierda de la desembocadura de la Ría de Bilbao y a los pies del

agricultura, el de mi abuelo, al comercio.

Al desembarcar ya mi abuelo sabía a dónde dirigirse. Era una enorme casa, situada no lejos del puerto, en la calle San Ignacio nº 660 esquina a Merced en La Habana Vieja, donde, dicho sea de paso, vivió toda su vida de emigrante. En ese entonces, solo ocupaban el espacioso caserón, algunos emigrantes burgaleses con distinto grado de parentesco, que lo recibieron con mucha alegría y lo ayudaron rápidamente a encontrar trabajo como dependiente, en una bodega no lejos de la casa.

Contaban tanto mi abuelo como mi abuela, que las enormes y autoimpuestas privaciones económicas del primero al



Certificado de vacunación de Julián Ruiz Ortiz.



Certificado de buena conducta de Julián Ruiz Ortiz.

monte Serantes. Mi abuela nació en Santurce en el año 1892. Era prima lejana de mi abuelo por el apellido Largacha. Se conocían y tenían cierta afinidad común, solo eso.

Pasaron algunos años separados, mientras mi abuelo consolidaba su situación económica. Desde Cuba, no perdía la comunicación con su futura media naranja, con la correspondiente promesa matrimonial.

Contaba mi abuela que en esa época, su padre, Eusebio González, trabajaba como marinero en un barco y que conociendo esta situación, decide enviarla a Cuba en el barco de un buen amigo, para que pudiera casarse con mi abuelo. Deduzco que esto sucede antes del año 1915. Al llegar a La Habana, mi abuela se instala en la misma casona de San Ignacio, donde había espacio como para albergar a un batallón. No se casaron inmediatamente, sino después de un noviazgo de tres años, para conocerse mejor y preparar su matrimonio. En 1917 efectuaron su boda en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, situada a una cuadra de la casa, lugar donde también se celebraban otras actividades para los emigrantes españoles, según decían mis abuelos.

Desde su llegada y para siempre, mi abuela, como ama de casa, también atendía a todos los

burgaleses que vivían allí; las comidas se realizaban en familia, sin distinciones. No se me olvida que al preparar la mesa, mi abuela siempre colocaba a un lado del vaso de agua de mi padrino, las sales de fruta que le eran tan necesarias para ayudar a su digestión. Es un pequeño detalle entre muchos, pero que da la idea de cómo eran las atenciones de mis abuelos hacia todos los miembros de la casa.

Mis abuelos cumplieron con creces los compromisos contraídos ante el altar de la iglesia católica, hasta que la muerte los separó, manteniendo un muy feliz matrimonio durante 40 años. Después de enviudar, era costumbre de mi abuela hablar de abuelo Julián en presente, como si estuviera vivo. Ese sentimiento, a veces me lo transmitía y me daba la impresión de que mi abuelo se encontraba en el trabajo y en cualquier momento entraría a la casa, diciendo como siempre:

– Mayra, ¿adivina que traigo aquí? Frase que comprenderán al leer más adelante.

Años más tarde, siendo un poco mayor, mi abuela me decía más o menos así:

– Mira Mayra, yo fui la mujer más afortunada del mundo; si la vida se pudiera repetir diez veces, las diez veces me casaba con Julián. Me siento muy vacía. ¡Cómo lo extraño!

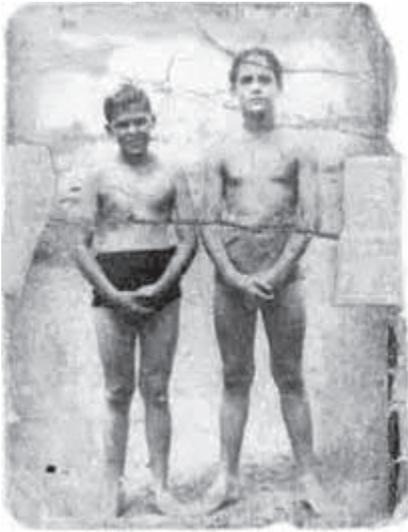
Creo que mi abuelo también tuvo mucha suerte, al compartir su vida con una media naranja tan virtuosa.

SUS HIJOS

De la unión de mis abuelos nacieron tres hijos. Tío Julián en 1920, mi padre Enrique en 1924 y mi tío Carlos en 1926, este último a los quince años de edad enfermó del tifus negro y falleció en 1941, conservo una foto de mi abuela y sus dos hijos en su tumba del Cementerio de Cristóbal Colón, donde fueron a ponerle flores.

Como buenos hijos de bodeguero, mi tío Julián y mi papá de inicio trabajaron en las labores de su comercio ayudando a mi abuelo, pero por corto tiempo, sus aficiones no eran esas. A mi tío Julián le encantaba la gastronomía; comenzó a trabajar como barman en un bar de La Habana, a pesar de no gustarle las bebidas alcohólicas al igual que a mi papá. Mi padre obtuvo la licencia de conducción de vehículos y fue a trabajar como chofer de un camión de carga de mercancías en el puerto, nunca abandonó esta profesión. Los tres eran muy fanáticos del principal deporte cubano, el béisbol, disfrutaban mucho de las emociones de este deporte, cuestión que parece que heredé a pesar de ser mujer.

Los dos hermanos querían mucho a mis abuelos, pero la relación de mi padre con ellos era mucho más fuerte, más especial. Al casarse mi tío Julián



Mi abuelo en la playa poco después de llegar a Cuba, junto a otro familiar.



Foto de carnet de mi abuelo.

cumpliendo lo que dice el refrán: “el que se casa, casa quiere”, se fue a vivir con su esposa a otro lugar de La Habana. Mi padre no, él se mantuvo aliado de sus padres, aún después de casado. Para beneplácito de mis abuelos, mis padres se casan en 1949, en la misma Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, donde ellos lo habían hecho en 1917.

Si con el arduo trabajo de mi abuelo, la familia mantenía un estatus económico bastante bueno, con el trabajo de mi padre aumentó mucho más. Mi padre heredó el mismo espíritu de trabajo de mi abuelo, soy testigo, y no lo olvido, que la mayoría de las veces mi padre, muy temprano en la madrugada salía para los muelles y dormía en el asiento de su camión a la entrada del puerto, para asegurar ser de los primeros en cargar y así aprovechar más la jornada de trabajo.

Quizás era mi madre la más preocupada en los detalles y cambios para mejorar las condiciones de vida en la casa. Comentaba que el primer televisor comprado en La Habana fue el nuestro, hacía las gestiones necesarias para cambiar todos los años el juego de sala, los colchones de las camas marca Simons, las lámparas Quesada y otras cosas, esto fue así y no lo olvido, todos los cuartos poseían muebles de valor, especialmente el mío, mi madre disfrutaba enormemente de lo que no poseía antes de casarse con mi papá, ya que era huérfana desde muy joven con una situación económica muy crítica.



Mi abuelo en su bodega de La Habana vieja, junto a sus dos empleados.

MI ABUELO Y YO

No tuve la suerte de disfrutar la presencia física de mi abuelo durante mucho tiempo; eso sí, la disfruté intensamente y a mis anchas. Nadie sabe hasta qué punto en la memoria de un niño puede quedar grabado lo que vive y siente. Quizás las conversaciones que sostuve hasta los trece años de edad, donde de forma reiterada aparecía el recuerdo de mi abuelo, me ayudaron mucho a no olvidarlo; tal vez el amor y la empatía mutua me permitan recordarlo hasta que muera.

Nací en el año 1953 en la Quinta “Hijas de Galicia”, de la que éramos socios, por ser mi abuela emigrante. Anteriormente mi madre había sufrido dos abortos involuntarios y todos los miembros de la casa estaban al tanto de lo que pudiera suceder; pero el más impaciente de todos era mi abuelo Julián. En la familia se comentaba, que al ver el parecido físico y mis ojos claros, igual a los de mi papá y a los de él, sufrió cierto shock cardíaco que lo hizo tener que acudir al médico. De ahí en adelante, ¿quién le disputaba a su única nieta?

Cuando recuerdo a mi abuelo, con lo primero que lo asocio es con la Alameda de Paula. Esta es un viejo paseo colonial, construido en la segunda mitad del siglo XVIII y que en 1847 fue embellecida con una fuente central, de la que hoy queda una ornamentada columna, con la que se rendía homenaje a la Armada española, resto que quedó del paso del ciclón de 1910. Cercana al litoral de la bahía de La Habana y al antiguo Muelle de Luz, apeadero del público que cruza la bahía desde los pueblos de Regla y Casablanca, ofrece



Santurce. Vista de la plaza.



Santurce. Vista del Ayuntamiento.



Mi abuela María González Largacha años antes de casarse.



Mi abuela María González Largacha el día de su boda.

un magnífico lugar para que los mayores despejen sus tensiones, conversen o lleven a sus niños a jugar sin peligro. Era su lugar preferido. No se me olvida que, regularmente, mi abuelo llegaba por la tarde a la casa, terminado su trabajo, se balanceaba un corto tiempo en su sillón, inmediatamente se bañaba, comía y me llevaba a la cercana Alameda, para jugar con algunos amiguitos del barrio. Con mi abuelo aprendí a montar velocípedo, bicicleta y una maquinita de pedales. Que entre otros regalos me traían mis tres buenos Reyes Magos, abuelo Melchor, papá Gaspar y padrino Baltasar. A veces nos subíamos en el monumento de la Alameda, para ver de cerca el rostro de los leones que adornaban su columna y mi abuelo me gritaba:

– “Mayra, te vas a caer, eso no se hace, es solo para mirar, respeta.”
¡Cómo me acuerdo de eso, Dios mío!

Los fines de semana mis abuelos cocinaban a cuatro manos. Hacían comidas españolas exquisitas, discutiendo amigablemente sobre quién cocinaba mejor. A veces uno de los dos me llamaba para que fungiera¹ como árbitro, preguntándome:

¹ Fungir, en América desempeñar un empleo o cargo. (N.E.)



Carnet de mi abuela de la Sociedad “Hijas de Galicia”

- “A ver Mayra ¿quién cocina mejor?, ¿tu abuelo o yo?”, o viceversa. Yo, que los adoraba a los dos, respondía:
- “Los dos cocinan rico, no discutan más”.

Recuerdo que un día en que emití el invariable veredicto, dice mi abuela:

- “Viste Julián, la niña dijo que mi comida es más rica”.
- Mi abuelo finge una pelea y yo entre los dos:
- “Noooooo abuela, yo dije que los dos”.

Por supuesto, yo visité muchísimas veces la bodega de mi abuelo, sin embargo no puedo recordar su ubicación exacta, lo que sí sé es que hasta aquella época dicha bodega no sufrió grandes cambios, pues se parecía bastante a la de la foto que adjunto, donde aparece mi abuelo muy joven con sus dos empleados, lo cierto es que mis visitas producían un considerable desfaldo de las confituras en existencia.

Yo siempre comía antes de llegar mi abuelo del trabajo. Cuando entraba por la puerta tenía la invariable costumbre de tocarse los bolsillos preguntándome:

- “Mayra, adivina ¿qué traigo aquí?”.



La Habana. Iglesia de Ntra. Sra. de la Merced.

Yo, como buena adivinadora respondía:

– “¡Bombones!”.

Y con la misma mi abuelo me los daba y yo empezaba a repartirlos entre mis amiguitos que siempre visitaban mi casa.

Existían en mi hogar tres instrumentos musicales traídos de España por mi abuelo: una gaita, regalo de un amigo asturiano antes de venir a Cuba, un par de castañuelas y una pandereta, con estas dos últimas muchas veces me la pasaba por toda la casa tocándolas. Otras veces, mi abuelo me sentaba en sus piernas y el tocaba la pandereta y yo las castañuelas o viceversa, entonando él alguna canción para alegrarme. La gaita era otra cosa, solo me la enseñaba en sus manos y él me hacía demostraciones para que yo la oyera solamente.

Entre mi abuelo y yo existía una gran empatía, yo vivía al tanto de cuando llegaba a la casa y que hacía, no se me olvida, que en bastantes ocasiones seguidas, él se sentaba en su sillón o en un banquito que tenía en el patio y cantaba, en voz baja y mirando hacia arriba, canciones de su tierra, a veces se le sentía la voz como si llorara, nadie lo llamaba ni molestaba, se sentía como aparte del mundo, pienso que la añoranza lo trasladaba hacia allá, hacia su terruño, en este mismo momento me pongo sentimental, éstas cosas no las olvido, las recuerdo con alegría y con tristeza...

MANUEL, SU HERMANO Y COMPAÑERO DE EMIGRACIÓN

De pequeña solo conocí el nombre de este hermano de mi abuelo, ya que había fallecido cuatro años antes de mi nacimiento. Hace poco tiempo,



Mis abuelos con mis padres en la casona de San Ignacio, en La Habana Vieja, 1926.



Mi padre en 1926.



Los tres hijos de mis abuelos. Mi padre Enrique, Carlos y Julián (de izquierda a derecha), 1927.

pude saber mucho más, a través de sus nietas, sobre este tío abuelo mío, que a pesar de vivir lejos, mantuvo con mi abuelo una relación muy estrecha siempre.



Mi abuela y sus hijos, Julián y Enrique, junto a la tumba de mi tío Carlos en el Cementerio Colón.

Manuel Ruiz Ortiz, nació el 16 de febrero de 1876, en Partearroyo, Valle de Mena, Burgos. A principios de 1898, con sólo 22 años de edad, fue reclutado y enviado a Cuba como soldado, para participar en la Guerra Hispano-Cubano-Americana, que finalizó en ese mismo año. Su actividad fundamental fue la custodia de los fortines militares españoles. Manuel, regresa a España junto con las tropas españolas finalizada la guerra, pero es presumible que la idea de volver a Cuba para encaminar su vida no dejó de rondar en su cabeza. Tampoco es desatinado pensar sobre su influencia en la posterior emigración de mi abuelo, ya que Manuel tenía ciertos conocimientos sobre el país.

Mi tío abuelo se establece en Güira de Melena, contrayendo matrimonio

poco después con la también emigrante de Partearroyo, Petronila Largacha Torres (Petra), en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced. De esta unión nacieron cuatro hijos: Manuel, Pedro Jesús, Julián y Román Luis, todos actualmente fallecidos. Existe constancia de que mi tío abuelo Manuel perteneció a la Sociedad Benéfica Burgalesa (era socio en 1945).

A pesar de que sus nietas Luisa Mirtha y Georgina no lo conocieron personalmente, supieron a través de su padre, que su abuelo Manuel visitaba mucho a su hermano Julián y a su primo Natalio Torres Ruiz, en La Habana Vieja, además de asistir a las actividades que se realizaban por la Asociación en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, en La Polar, etc.; acompañado casi siempre por mi abuelo Julián. Este hermano de mi abuelo fallece el 19 de diciembre del 1949, en su finca “La Hormilla”, a la edad de 73 años.

Quisiera también decir algo sobre Natalio Torres Ruiz, primo de mi abuelo y también un emigrante. Siempre me llamó la atención que en la correspondencia de mi bisabuela Damiana Largacha con mis abuelos, en más de una ocasión, se mencionaba el nombre de Natalio, como portador de esas cartas, lo que indica que este señor viajó a España en más de una oportunidad, y mantuvo una estrecha relación con mis abuelos, pero no tenía más información.

Mi curiosidad quedó satisfecha, al ingresar a esta prestigiosa Sociedad. Conocí que nació en Burceña, Valle de Mena, Burgos el 1 de diciembre de 1887, que emigró a Cuba en la segunda década del siglo XX y que falleció en La Habana el 21 de enero de 1976. Se estableció en La Habana, dedicándose al comercio, como lo hizo también mi abuelo, y fundó una familia al igual que mi abuelo Julián.

Supe que, tanto él como sus descendientes, han sido miembros muy destacados de esta Sociedad. Mucho me satisfizo haber conocido a sus dos nietas y también a sus bisnietas, pues estoy segura que Natalio tuvo un vínculo muy importante con mis abuelos.

LA FINCA LARGACHA

En 1955 mi padre, con la ayuda de mi abuelo, compró un auto marca Chevrolet de ese mismo año. En los tiempos libres, los fines de semana, toda la familia disfrutó de muchos paseos, pero los que recuerdo con más placer, eran las visitas a la Finca de los parientes de mis abuelos, de apellidos Ruiz y Largacha, en el pueblo de Güira de Melena.

Cuando a principios del siglo XX se produce la emigración de los parientes de mis abuelos, fundadores de estas familias, solo existía la “Finca Largacha”. Con el paso del tiempo, esta finca inmensa se dividió en dos, dando origen a la finca “La Hormilla”, perteneciente a mi tío abuelo Manuel Ruiz y a sus



La Habana. Vistas de la Alameda de Paula.

descendientes y a la finca “El Paraíso”, asentamiento de su cuñado Ricardo Largacha y su descendencia.

Desde aquella época, mis abuelos mantenían con todos ellos una constante relación, tanto personales como por cartas, una de las cuales conservo y que data del año 1921, escrita por otro Julián Ruiz, sobrino de mi abuelo y ahijado de mi abuela.

En el auto mencionado anteriormente o en el camión de trabajo de mi papá, visitábamos mensualmente a nuestra familia en la finca, cuanto cariño y atenciones nos prodigaban, los niños nos pasábamos el día en nuestros alegres juegos, los mayores conversando animadamente, los hombres asegurando lo necesario para el almuerzo, las mujeres cocinándolo y sirviendo a todos, era como una gran fiesta. No existía mayor diversión para mis abuelos que estas visitas, en especial para mi abuelo, que se volvía más contento y conversador que de costumbre.

Recuerdo especialmente las visitas de los días muy próximos a la Nochebuena. Mi abuelo se complacía en obsequiarlos con productos importados de su tierra, tales como turrónes de Jijona, Alicante, de yema, uvas,



Mi abuela y mi padre en Soroa.

dátiles, nueces, avellanas, vinos, etc., ellos reciprocaban esta deferencia con viandas y frutas exquisitas, cerdos ya preparados para asar y otras cosas. Estas visitas nos alegraban mucho el alma. Al regresar, ya estábamos pensando en la próxima.

MI ABUELO Y EL “CABALLERO DE PARÍS”

Según mis recuerdos de niña, reafirmados por conversaciones posteriores en el seno familiar, les cuento que un día de tantos en que mi abuelo me llevaba a jugar a la Alameda de Paula, llega un personaje nombrado José María López Lledín, que fue muy popular en La Habana Vieja con el sobrenombre de “El Caballero de París”.

Su popularidad se debía a que era un vagabundo enfermo de los nervios que deambuló por distintos lugares de La Habana durante muchos años, cuyo origen y situación de vida dio motivo a muchas especulaciones un poco controvertidas y hasta se le compuso un famoso danzón que todos bailaban sin pensar en el pobre y enfermo hombre que lo inspiró, lo que más llamaba la atención y lo hizo famoso era su dignidad. Dije anteriormente vagabundo, y no mendigo, porque el Caballero no pedía, sino que aceptaba lo que se le brindaba, que no es lo mismo. Su demencia lo transportaba a creerse un Caballero y, como tal se comportaba, este señor tenía también momentos de lucidez mental, donde mostraba tener cierta educación y predilección por la poesía,

tenía una conversación interesante e impresionaba a aquellos que lo escuchaban de buena voluntad.

Pues ese día este personaje se sentó aliado de mi abuelo Julián, se miraron, y el Caballero comenzó a contarle algunas cosas de su vida. A mi abuelo no le importaron sus ropas viejas y raídas, ni su notable falta de higiene, ni sus disquisiciones a veces un poco incoherentes, que en otras personas provocaban burlas. Tanto mi abuelo, como mi abuela, el tiempo que lo trataron le profesaron el debido respeto y conmiseración que todo ser humano debe tener para con sus semejantes.

Un buen día en que mi abuelo velaba mis juegos en dicha Alameda y a la vez conversaba con el Caballero, llega al lugar mi abuela para descansar un rato allí. En la conversación, con mucho tacto, mi abuelo le pregunta al Caballero:

– “¿Usted tiene hambre en este momento?”.

El Caballero le responde:

– “En el día de hoy solo he comido una manzana, me la dio una señora muy bondadosa, al pasar por su casa”.

Mi abuelo le dice:

– “Si desea puede pasar por mi casa a comer algo”.

Y dirigiéndose a mi abuela le pregunta:

– “María, si el Caballero va a la casa, ¿le puedes dar un plato de comida?”.

Levantando una de sus manos el Caballero respondió:

– “Ahora no, ahora no, si me hacen una invitación para mañana yo iré. Por favor, ¿podiera decirme a la hora en qué puedo ir y la dirección?”.

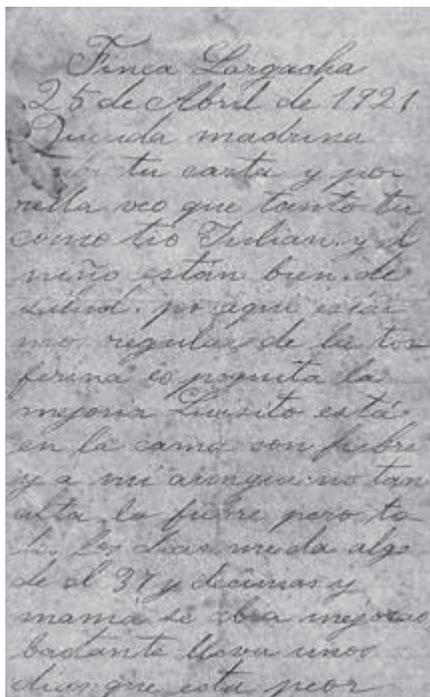
Mi abuelo le explicó y le dijo:



“El Caballero de París”.



Con la estatua dedicada a la memoria de El “Caballero de París”.



Carta escrita desde la finca Lagarcha

– “No deje de ir es muy cerca de aquí, el horario puede ser entre las doce y la una de la tarde”.

Pues bien a partir de ese día, en ese horario llegaba el Caballero, tocaba una campanita que estaba a la entrada del zaguán de la casa y mi abuela le alcanzaba el plato de comida, el Caballero al recibirlo y al terminar daba las gracias una y otra vez.

Un día llegó el Caballero a la hora acostumbrada y mi abuelo, que también había venido a almorzar, le dice a mi abuela en la cocina:

– “María vamos a utilizar un solo cubierto para los días que el Caballero venga, mira tú sabes que en el aparador están las cucharas pequeñas que yo traje cuando vine para Cuba, hay que darle uso, a quién mejor que a él, ese cubierto es de su tierra”.

Pero de pronto dijo:

– “Mejor déjame a mí”.

Y le llevó el mismo el almuerzo a la puerta, al terminar el Caballero le dice:

– “Usted sabe que me gustó mucho comer con esa cucharita de postre”.

Mi abuelo le explicó que ese cubierto lo había traído de España, que sabía que le iba a gustar y que además su esposa y él se lo regalaban, este gesto emocionó al Caballero, bajó su cabeza y siguió su camino, despacio y con la elegancia y la distinción que lo caracterizaba.

Durante todo ese tiempo al Caballero se le regalaron distintas cosas para su uso. Estando presente otra vez mi abuelo le entregó unas estampitas de santicos y tres libros que no recuerdo o no supe de que trataban.

Al “Caballero de París” le gustaba escribir en papelitos versos y frases bonitas sobre distintos temas, que parecía que había escogido de libros que él había leído y se los entregaba a mi abuela, esto lo hacía al recibir su almuerzo en la puerta de la casa. Del contenido de esos papelitos recuerdo uno que mi abuela conservó por mucho tiempo, y que parece haber sido sacado de alguna obra dramática española en verso o quizás quién sabe si él era el autor, no lo

sé, pero sí lo recuerdo de memoria y nunca lo olvidaré, decía así:

Negra es la tumba y su losa,
Pero es más negro el dolor
¡dichoso él que allí reposa!
Si he de vivir sin tu amor
No pido al cielo otra cosa.

Jamás se me olvidará que mi mamá le decía a mi abuela:

– “María, está acostumbrando mal al Caballero, y yo creo que él se está enamorando de Ud.”.

Lo que sí comprendían mis abuelos que para el estado de demencia y mendicidad en que se encontraba este personaje, esa era la única forma que encontraba de agradecer las atenciones que se le brindaban, mi abuelo a veces decía:

“que había locos que tenían más dignidad y decoro que algunos cuerdos”.

Un día estando yo en la Escuela Privada Lolo de la Torriente, cerca de la casa por la calle Merced, llega casi corriendo la Directora llamada Engracia, morena alta, gruesa, muy buena, (todo esto lo recuerdo como si fuera hoy) y le dice a mi maestra Lidia:

– “Permiso, escucha: allá afuera está el Caballero de París y ha preguntado por Mayra, e indagué pero ¿quién lo mandó a Ud.? Bajó la cabeza y no se va. Lidia escóndela y le aviso a la familia”.

En mi casa había teléfono, al yo oír el diálogo, me levanto de mi pupitre, me dirijo a ellas y digo:

– “No tengan miedo, él es amigo mío”.



Con el tío Pepe en el patio de su casa, 1959.



Con mi abuela y tío Pepe en la playa de la “Sociedad Hijas de Galicia”, 1957.

Una amiguita y vecina mía, llamada Bertica, lo confirma:

– “Ese viejito conoce a Mayra y él va a su casa”.

En un santiamén se presentó mi abuelo, el cual estaba en la casa en ese momento, les ratificó a la directora y a la maestra, ustedes saben quiénes venimos a buscar a Mayra, mi abuelo me cogió de la mano y cuando salimos afuera el Caballero se encontraba sentado frente a la escuela todavía, al vernos se levantó y siguió su rumbo sin hablar nada, él era así.

Mi abuelo se pasó varios días contrariado hasta que mi abuela le dijo:

– “Julián, deja esa bobería, tú no ves qué correcto y educado es el Caballero. Él lo hizo para agradecer nuestro trato”.

Lo que sí nunca supimos fue como este señor supo ir hasta allí a preguntar por mí, siempre se comentaba eso. A mi abuelo no le quedó más remedio que sonreír diciendo:

– “¡El pobre!, qué lástima que esté así, ¿verdad, María?”.

Tengo entendido que el Caballero de París deambuló por las calles de La Habana en estas condiciones durante cincuenta años aproximadamente, siendo internado posteriormente en el Hospital Psiquiátrico de La Habana. Allí tuvo las condiciones necesarias para mejorar un poco su vida, sin embargo al poco tiempo falleció, pienso que no pudieron ofrecerle lo que más apreciaba el Caballero de París: su libertad.

A este triste y pintoresco personaje se le erigió una estatua caminante en una de las calles que convergen en la Plaza de San Francisco de Asís, conocida por la Plaza de las Palomas, en La Habana Vieja.

Hace alrededor de un año, mi hija, Yuleidys, me invitó a ver la estatua, ya que ella en muchísimas ocasiones ha escuchado esta historia. Me detuve a observarle su rostro, asomando muchas lágrimas a mis ojos, así como en este momento en que tecleo esta historia, una señora extranjera cercana a nosotras le pregunta a mi hija, en nuestro idioma, preocupada y con asombro:

– “Muchacha, ¿ella es tu mamá?, ¿le pasa algo?”.

– “Se ha sentido mal”.

– Le responde mi hija: –“No se preocupe, señora. Es que ella conoció muy de cerca al señor de la estatua y le trae muchos recuerdos, gracias”².

Después de vencer una larguísima fila de turistas extranjeros y sus guías, y acercarme al monumento, lo observé con detenimiento, su cabello,

² Terminado este manuscrito, se lo entregué a un amigo nuestro el día 30 de junio del 2011 para que me diera su opinión, me dijo que está muy bien, esta es tu historia y por cierto muy interesante, solo te faltó un detalle; para ilustrar este tema me sugirió que me retratara al lado de la estatua, diciéndome que la detallara bien y después le contara. Pareciéndome buena la idea, visité el lugar en la mañana del miércoles 20 de julio siguiente. (N.A.)



Mi partida de bautismo.

su rostro, sus ropas y capa, sus brazos, sus manos... Y ahí fue mi asombro y emoción, en su cerrada mano derecha se puede apreciar un grupo de plumas de escribir y entre ellas como un objeto que pudiera parecer anacrónico, se encuentra representada aquella cucharita de postre, que hace más de medio siglo, regaló mi querido abuelo Julián a este personaje.

MI ABUELO Y MI PADRINO

Antonio Vázquez Amorín, era uno de los burgaleses, también natural de Partearroyo, que vivía en la casa y su mejor amigo, se querían como verdaderos hermanos, muy pocos lo conocían por su

nombre, desde que vivían en la misma casa mi abuelo lo había bautizado con el sobrenombre de Vale, por su uso abusivo de esta palabra, aunque en la casa todos los españoles que vivían la decían, era mi padrino el que más la pronunciaba, tanto para afirmar algo, como para preguntar buscando la confirmación de todo lo que decía. A veces mi abuelo cuando conversaban al final de alguna frase le preguntaba a modo de chanza ¿vale, vale?

Esta querida persona estando mi mamá embarazada de mí auguraba que nacería una niña, que iba a ser para él y que sería mi padrino, y así es como consta en mi fe de bautismo.

Entre mi abuelo y mi padrino existía una competencia fraternal para dedicarme su tiempo libre, a veces salíamos juntos los tres a pasear por La Habana Vieja, en otras ocasiones mi padrino me llevaba a la Iglesia de Paula y en sus jardines cogíamos unos insectos llamados mariquitas o cotorritas y al regresar a la casa mi padrino decía:

– “Julían, traigo a Mayra del lugar que más le gusta”.

Mi abuelo repostaba:

– “A ella lo que más le gusta es ir a la Alameda”.

Siempre mi padrino participó muy activamente en mis cumpleaños, conservo una foto de mi tercer cumpleaños, él está al fondo de la foto junto a mi abuela, mi mamá y otros familiares. Sin embargo a mi abuelo nunca le gustó fotografiarse, conservo solo cuatro fotos de él de cuando era mucho más joven.

Estoy segura que a mi abuelo le complacía que mi padrino compitiera con él, en lo relacionado conmigo. Recuerdo que me acostumbraron a que no podía faltar el jamón en mis comidas, por eso mi abuelo sin fallar un solo día me traía por la tarde de su bodega veinticinco centavos de jamón planchado (que era bastante cantidad) para acompañar mi comida, para no quedarse atrás mi padrino me lo traía a la hora del almuerzo o viceversa, según pudieran venir ellos a la casa en esos horarios.

Un día, que no era de los Reyes Magos, mi abuelo se aparece en la casa por la tarde con una preciosa muñeca Lily, la cual me produjo mucha alegría. Al otro día mi padrino instaló un lindo silloncito de caoba en la sala de la casa, para que pudiera dormir a la muñeca comprada por mi abuelo, así eran los dos conmigo.

Mi padrino siempre fue trabajador de la construcción, trabajó en obras importantes aquí en La Habana, en una ocasión comentando de cuando él trabajó en la cúpula de nuestro Capitolio Nacional, mi abuelo con expresión burlona le dice:

– “Oye Vale, ahora me explico el comentario de algunas personas en la bodega hace algunos días; decían que el gobierno iba a demoler la cúpula del Capitolio, por presentar algunas rajaduras con peligro de derrumbe, yo no lo quería creer, pero ahora no lo dudo”.

La carcajada de mi buen padrino fue estruendosa, repostando después:

– “¡Que jodedor (sic)tú eres, Julían!”.

Mi padrino sobrevivió alrededor de un año a mi abuelo, todos notamos que su ánimo no era el mismo, se le detectó un padecimiento cardíaco por el cual fue ingresado en el antiguo Hospital La Benéfica en 1960. No sé el tiempo que estuvo ingresado antes de fallecer, no me acuerdo, pero lo visitábamos constantemente, mi mamá lo cuidó con esmero y afán, conservo una foto en que yo estoy sentada junto a él en uno de los bancos exteriores del hospital,

hecha por mi mamá. ¿Hasta qué punto lo habrá afectado la muerte de mi abuelo? Sabrá Dios.

SUS AMIGOS MANOLO Y PEPE

Nunca conocí el nombre completo de Manolo (o es que no lo recuerdo), era un burgalés que había vivido por muchos años en la casona de San Ignacio y que un tiempo después se casó con una muchacha muy hermosa nombrada Calixta y se fueron a vivir a un apartamento de un edificio en La Habana Vieja.

Mi abuelo y Manolo se querían como padre e hijo, le hacíamos frecuentemente visitas mis abuelos, mis padres y yo, a la vez Manolo pasaba por mi casa casi todos los días. Este burgalés trabajaba en el Restaurante del Hotel Nacional de La Habana, hacía mucho tiempo, recuerdo que en innumerables ocasiones sin tener necesidad económica, pero con un espíritu de trabajo incansable, mi abuela lavaba y planchaba las servilletas y los manteles que Manolo le traía y con este dinero también hacía su aporte económico a la casa y a la familia. Debo también señalar que Manolo era muy bueno conmigo, eso tampoco lo olvido.



Con el uniforme de la primaria “Lolo de la Torriente”, sombrerito de yarey y banderita cubana, 1958.



Con mis padres en la graduación de fin de curso de la primaria “Lolo de la Torriente”, 1962.

El último burgalés que vino a Cuba y residía en mi casa era Pepe, del cual no recuerdo tampoco su nombre completo, para mí solo era tío Pepe, así yo le decía, conozco que era pariente de mis abuelos y que fue en España minero de profesión, tengo en mi poder cartas enviadas de España para Cuba donde hablan de él. Para mi tío Pepe, mi abuelo, fue un ejemplo a seguir, lo quería mucho y ayudaba en todo lo que podía, tanto en la casa como en su negocio. Era un tío muy dulce y cariñoso conmigo, tanto que me dedicaba gran parte de su tiempo libre, conservo una foto junto a él con sendos sombreros de yarey en el patio de la casa y otra en la playa Hijas de Galicia (de la cual éramos todos socios en la casa) junto a mi abuela.

A estos dos buenos amigos de mis abuelos, después del fallecimiento de mi abuela en el año 1965 y del divorcio de mis padres, dejé de verlos hasta el sol de hoy.

VIRGINIA, UNA BUENA AMIGA DE LA CASA

A pesar de ser un hombre recto, serio y respetuoso, a veces mi abuelo se permitía usar algunas bromas con personas a las que quería y les tenía aprecio. Este es el caso de Virginia, mulata elegante y muy buena persona, muy amiga de la casa. Ella le tenía terror a las inofensivas lagartijas, una vez llega a mi casa y mi abuelo que ya la estaba esperando con una en la mano, la saluda y le dice:

– “Virginia deja ver ¿qué tienes ahí?”.

Y con la misma le prende este animalito de la oreja, Virginia que se da cuenta de algo se toca, se asusta y sale corriendo por toda aquella casa grandísima, atraviesa el patio de adoquines y llega a la cocina, allí espantada le dice a mi abuela:

– “María, María, ¡mire lo que me ha hecho Julián!”.

Aquella lagartija todavía mordía su oreja y no se caía, mi abuela se la desprendió, mi mamá le lavó la oreja y la pobre Virginia seguía sin consuelo. Tanto mi abuela como mi mamá salieron para donde estaba mi abuelo, pero él se reía a más no poder, Virginia muy enojada le dice:

– “Julián, tanto que te aprecio, tan serio que pareces y mira lo que me haces”.

Mi abuelo que era bueno, pero un poco bruto le respondió:

–“Si quieres no me rió y te la pongo otra vez, pero lo hago en serio”.

Virginia no sabía que decirle y lo increpa:

– “Julián, parece mentira que me hagas esto—. Y para ofenderlo le dice: –“Tan tacaño que eres”.

Él responde:

– “Yo sé que soy bruto, pero fue un juego, también sé que los españoles tenemos fama de tacaños, el dinero hay que sudarlo y no es para botarlo³”.

Virginia se sintió muy apenada por lo molesto que estaba mi abuelo y le respondió:

– “Es verdad, Julián, que usted y María comparten conmigo todo lo que hay en esta casa, perdóneme, pero no juegue más de esta forma conmigo”.

El se rió de nuevo y mi abuela lo insta a pedirle disculpas, mi abuelo con gesto muy bondadoso se dirige a Virginia y le dice:

– “No lo hago más mujer, vale. Venga un abrazo, mujer”.

Actualmente esta mujer vive, tiene ochenta y tres años, se llama Virginia Heliana Hernández Luis, vive en La Habana Vieja. Hasta el momento goza de buenas facultades físicas y mentales y se acuerda de muchas cosas de las que aquí cuento.

Aprovecho este incidente para reflexionar sobre estas palabras de mi abuelo “el dinero hay que sudario y no es para botarlo”. Solo con el trabajo arduo y honrado de mi abuelo y mi padre, nuestra familia pudo alcanzar cierto bienestar económico que no era lógico despilfarrar. Pero mi abuelo tenía un concepto bastante claro de la diferencia, entre esto último y el de ser humano y solidario.

En aquella época de estrecheces económicas, era costumbre que los bodegueros le fiaran a los clientes permanentes las mercancías que les vendían, hasta el día del cobro de sus salarios, por lo cual llevaban una libreta para anotar las deudas, sucedía que mi abuelo en ocasiones padecía de una benévola amnesia para cobrar la deuda de algún que otro cliente honrado que no podía pagarla por haber quedado cesante en su trabajo. Conocí de algunas familias vecinas a las que en momentos determinados no les faltó la ayuda de mis abuelos.

Sobre esto debo añadir algo que nunca se me olvida, en la casona existía un cuarto cerrado que en días de los Reyes Magos se llenaba de juguetes para mí, pues bien, entre ellos siempre estaban los juguetes que les compraban mi abuelo y mi papá, con la ayuda de mi abuela y mi madre, a mis amiguitos



Virginia H. Hernández Luis, buena amiga de la familia, 1991.

³ Botarlo, en América, tirarlo. (N.E.)



Mi tercer cumpleaños, con mi abuela, mi madre y mi primo "vale", 1956.



Durmiendo a la muñeca Lyly que me regaló mi abuela, en el silloncito de caoba regalo de mi padrino, 1959.



Con mi padrino en el exterior del Hospital "La Benéfica", pocos días antes de su fallecimiento, 1960.

del barrio, cuyos padres no podían comprárselos, años más tarde mi mamá me explicaba que ellos le preguntaban a estos niños sobre qué juguetes ellos querían que los Reyes Magos les trajeran y así tratar de complacer a cada uno en lo posible. La influencia de mis abuelos en esto y en otras cosas parecidas, fue determinante.

EPÍLOGO

Siempre agradeceré a aquellos dos maravillosos abuelos por haber venido de lugar tan distante, a echar suerte y a fundar nuestra familia aquí en Cuba, en especial a mi abuelo Julián. Mi abuelo tenía la virtud, sin proponérselo, de influir en el estado de ánimo, comportamiento y la forma de encarar la vida de todos nosotros, aún no me explico cómo en tan poco tiempo después de su desaparición física, se deterioró la estabilidad y la alegría que durante tantos años existió en la casa.

Mi abuela perdió el entusiasmo que la caracterizaba; mi padrino siguió a mi abuelo un año después; el buen tío Pepe abandonó la casa, se hizo alcohólico y dicen que murió aún joven, según contó alguien que lo vio una vez por una calle de La Habana Vieja; el bueno de Manolo abandonó a su esposa y nunca se supo a donde fue a dar, ya al morirse mis abuelos más nunca retornó a San Ignacio. Por último mis padres se divorciaron después de catorce años de matrimonio. Fue el derrumbe total de mis sueños infantiles.



Manolo, el burgalés, y su esposa Calixta el día de su boda.

Mi abuelo fallece en 1959, a los sesenta y nueve años de edad, en el Hospital Calixto García de un ataque cardíaco, certificando su muerte el Dr. Pire. Fueron pocos sus años vividos para su fortaleza y estado de salud general, y aún muchos menos de los que yo hubiera deseado. Lo cierto es que en no pocas ocasiones el recuerdo de mis dos abuelos me han provocado la añoranza de felices tiempos que no volverán, las muchas alegrías que ambos me proporcionaron, y porque no, algunas tristezas.

¡Dios los tenga en su gloria!..., ¡se lo merecen!